

EN LAS HUELLAS DE LA UTOPIA (*)

Manoel de Andrade
Traducción de Cleto de Assis

*Se as coisas são inatingíveis... ora!
Não é motivo para não querê-las...
Que tristes os caminhos se não fora
A mágica presença das estrelas!*

Mário Quintana

Eran los últimos días de 1969, y en las charlas en Lima discutíamos la herencia que recibimos de los "años rebeldes". La década de 60 se había iniciado con un ejército limitando con un muro la libertad de Berlín, pero terminara con tres astronautas abriendo los caminos del universo. En aquellos años el mundo se conmoviera con el mensaje de paz y amor, en la imagen sacrificada de Martin Luther King, y conociera el verdadero significado de la resistencia, en la figura irreprochable de Ho Chi Minh. La revuelta de Nanterre movilizó a los estudiantes de todo el mundo, y a lo largo del continente, aportábamos en 1970 en la cresta de una ola libertaria de gran alcance, cuya espuma esparcía el ejemplo del Che Guevara. Vivíamos en un tiempo sin el liberalismo y la globalización, y Cuba surgía como una alternativa socialista y referencia de la lucha revolucionaria. El mundo era una alquimia de ideas y América Latina su mejor laboratorio. La nueva historia en el contexto continental, era la de una sola nación, un solo pueblo, latino e "indoamericano" – en la expresión de Mariátegui. La esperanza era una bandera izada en el corazón de todos los que se atrevían a soñar con una sociedad justa y fraterna, fuesen ellos un guerrillero, un intelectual comprometido, o integrase a una vanguardia estudiantil. Nuestra cultura ancestral – manchada por la violencia colonial y por la sangre de tantos mártires en la trágica memoria de cinco siglos – era redescubierta como una fuente que traía nuevas aguas para interpretar la historia. Nuestros sueños navegaban en el misterioso velero del tiempo, inflado por los vientos de la fe revolucionaria, cargado de himnos y canciones libertarias, llevando la madre tierra y las semillas para los desheredados, lleno también de emociones y con el encanto de la solidaridad, rumbo a la sociedad con que soñábamos.

Nosotros, los poetas, nos expresábamos por las líricas huellas de esa anhelada utopía, al cantar las primicias de un mundo nuevo, con el presentimiento y de las luces de aquel inmenso amanecer. Transitábamos en la ruta de las estrellas en busca de un puerto en el horizonte, en busca de un hombre nuevo, de una tierra prometida para ser entrevista en los primeros destellos de la aurora. Había una perseverante certeza en el mañana y muchos cayeron luchando con esa creencia tatuada en el alma, aunque los sobrevivientes nunca hayan llegado a contemplar esa alborada.

En los años 60, ser joven significaba estar comprometido con una fe, con una causa social, y en aquellos pasos de la historia era molesto ante el grupo no tener un compromiso político y peor todavía, ser de "derecha". En la juventud de aquellos años, ser un "reaccionario" era un estigma. Esa fue la palabra que nosotros, los de la "izquierda", los opositores deshacíamos ideológicamente a los adversarios de la "derecha" y hasta a los dogmáticos del "Partidão", por quienes éramos llamados de revisionistas. Por otro lado, se hablaba de un "poder joven". ¿Pero que "poder joven" era aquel, maquillado con la credibilidad de las filosofías orientales, si ese poder no estaba comprometido con el significado social de la libertad y la justicia? La ideología marxista no nos permitía confundir los ideales inconsecuentes de la contracultura con el ideario de aquellos que estaban dispuestos a dar su vida por la construcción de una nueva sociedad. Era como si hubiera en América Latina, dos Mecas para la juventud, una en Berkeley y otra en Cuba.

Si la palabra "izquierda" ante los emolumentos del poder fue perdiendo su transparencia ideológica, es imprescindible no perder el significado histórico de esta dicotomía, ya que en su origen, durante la Revolución Francesa, el clero y la nobleza se posicionaban a la derecha del Rey y los representantes del pueblo a su izquierda. Doscientos veinte años después, todos sabemos cuál es el lado que continúa defendiendo las causas sociales. Los principios son intocables, pero no las ideas. Es razonable, por lo tanto, que podamos resignificarlas, redefiniendo los colores de nuestra antigua bandera, así como reconocer los errores y defectos de la propia "izquierda".

Los años 60, enriquecidos por la generación de nuevas teorías sociales, por filosofías que señalaban el progreso de las relaciones humanas, no mostrarían, en el sabor amargo de los frutos, la dulzura sembrada por la esperanza. Los grandes sueños políticos se desmovilizaron por intereses ideológicos equivocados, por el oportunismo electoral y la seducción del poder. Los sueños alimentados por la contracultura, en principio legitimados por las postulaciones en contra de los males del capitalismo, se perdieron en la peligrosa ilusión favorecida por las drogas, por el desencanto por la sexualidad y la posterior dependencia a las tecnologías alienantes. Sueños y esperanzas acabaron desaguando en este inquietante "mar de los sargazos" en que se transformó el mundo, donde navegan los piratas de la codicia y la crueldad.

Pero también había jóvenes que no tuvieron la experiencia de esa emoción sublime de indignarse con las injusticias. En aquellos años, en otra línea de reacciones, una columna elitista de jóvenes marchaba en contra de todo lo que luchábamos. Me encontré con estas figuras siniestras en las calles de Curitiba. Eran portavoces de la alta jerarquía de la Iglesia y desfilaban altaneras con sus atavíos medievales, en los primeros años de la dictadura en Brasil, en defensa del régimen militar y los intereses conservadores de la oligarquía con las banderas "Tradición, Familia y Propiedad". Vi a sus asociados en Chile, liderados por Maximiano Ríos Griffin en 1969, durante el gobierno de Eduardo Frei, llevando las banderas al viento con el emblema de "Fiducia", el odio social, el resentimiento contra un cristianismo que abrazaba a las causas populares y sobre todo, a plantar las semillas de la conspiración que derrocaría, con otros aliados sanguinarios, el gobierno legítimo de Salvador Allende.

Desde los años 70 la ascensión del capitalismo financiero, bajo el disfraz de la globalización, comenzó a extender sus redes y a ganar, con armas invencibles, esa nueva e inmensa guerra mundial, que avanza con voracidad, a desterrar los valores humanos y a generar multitudes de excluidos, moliendo nuestras utopías, convirtiendo el planeta en un supermercado y quitándole el carácter de la propia cultura con atrayentes modelos de un consumo superfluo y desechable.

Aunque haya en Brasil muchos jóvenes "conectados", preocupado con la ética, con las fronteras alarmantes de la corrupción, con el rescate del medio ambiente y bellos proyectos comunitarios, toda aquella generación fue víctima de la nueva orden social impuesta a lo largo de veintiún años de dictadura militar, inducida a "educarse" en las cartillas de Educación Moral y Cívica, centradas en la obediencia, la pasividad, el anticomunismo y un malsano patriotismo. Víctimas de un proceso de moldeo subliminal de comportamiento, los jóvenes que abdicaron de su conciencia crítica se transformaron en simples consumidores. Ellos forman parte de la juventud apresurada de nuestros días, no comprometida con los problemas sociales, inmediateista, con aversión a la lectura, o derrotada por la adicción. Esta es la cara trágica de un segmento de la juventud contemporánea: jóvenes que actúan como simples títeres de un mercado global de las ilusiones, aculturados por las nuevas tecnologías de información, homogeneizados desde los primeros años para consumir, renunciando a menudo al análisis de los hechos y de la etapa promisoriosa de la ciudadanía.

Los precursores involuntarios de la posmodernidad – leer a Nietzsche y Heidegger – y sus ideólogos más ilustres en la filosofía y en el arte, se aliaron al posterior trabajo de demolición comandado por la globalización. En reacción a los paradigmas orgullosos y dogmáticos de la ciencia mecanicista del siglo XIX, los intelectuales nihilistas han apostado en la reacción generalizada de la falta de fe en los valores humanos, desconstruyendo el significado de la verdad, la belleza y la trascendencia del humanismo en la tradición occidental; anunciando una libertad sin la noción del deber; no respetando los arquetipos religiosos, descalificando a la historia, invirtiendo la estética del arte al despojarla de la estesia y del encanto (y si hay algún mérito en los excesos del arte moderno, es el de retratar el perfil catastrófico del mundo contemporáneo); la eliminación de la melodía de la música, proclamando la irreverencia y haciendo burla de los ideales y del significado de la utopía. Acerca de este término, tan desfigurado en nuestros días, estudiantes colombianos hicieron en una ocasión, al cineasta argentino Fernando Birri, la siguiente pregunta: *¿Para qué sirve la utopía?* El contestó que la utopía es como la línea del horizonte, siempre va por delante de nosotros y por eso nunca podemos alcanzarla. Si caminamos diez, veinte, cien pasos, ella siempre estará por delante de nosotros. Si la buscamos, ella se aleja. *¿Qué es la utopía?* — preguntó él, respondiendo: *Para hacernos caminar...*

Aunque casi todo ha sido deconstruido, nuestros ideales desterrados y la globalización ya nos impida soñar y nos arrastre al olvido, es imprescindible creer que hay una Fénix entre las cenizas que quedaron del mundo por el cual luchamos. No renunciamos a la esperanza, pero reconocemos que nuestro velero zozobró y sus restos se esparcieron en las playas melancólicas de esos

años. Sobrevivimos tal cual náufragos en un mar de ultrajes y desengaños, junto con lo que restó del destroz de las grandes ideologías y con las crueles aberraciones que avergonzaron nuestros sueños cuándo vimos el marxismo dogmatizado por el estalinismo y comprendimos por qué marchitaba la "Primavera de Praga". Sobrevivimos en las lágrimas derramadas por sobre las páginas de *El Archipiélago Gulag*, en el desencanto de saber la belleza de la utopía hegeliana invertida por el totalitarismo nazi y el conocimiento científico manchado por la explosión atómica.

La contracultura, la postmodernidad, la globalización y la destrucción del medio ambiente son los nuevos caballeros del mundo apocalíptico que recibimos. De estos cuatro patéticos espectros, los tres primeros han causado efectos desastrosos en la cultura – y allá en la región andina, mi nueva escuela en aquellos años, la globalización insinuaría el olvido de la historia y de la cultura encontrándose con la lucha de los peruanos delante del legado Quechua y la resistencia inquebrantable de los bolivianos de mantener la cultura aymará – y los dos últimos sobre el curso futuro de la humanidad.

Nosotros no heredamos solamente la decepción, sino un enojo crónico a pesar de cualquier optimismo. Hoy somos, tan solo, seres comprados en este gran centro comercial de negocios y apariencias en el que se convirtió el mundo. Herederos impotentes de un sueño, vivimos en un mundo alienante, distópico y devorado por las fauces de la globalización.

Años 60 – ¡que ventura haber sido joven en aquel tiempo! Allí la realidad se encontraba a pocos pasos de los ideales.

Siglo XXI – ¡qué extraña transición! ¿A dónde vamos? ¡Sin norte, sin puerto, sin un amanecer! ¡Cuánta perplejidad, cuántos presentimientos! ¿No habrá otro mundo mejor y posible? ¿Sin crueldad, estupidez y falsas promesas? Estas son preguntas que piden respuestas plurales. Esta es una transición umbrosa balizada por la desventura y el desencanto. Es un tiempo de antítesis. Esperamos que el propio *Tiempo*, con su dialéctica misteriosa, nos traiga una síntesis regenerada. En este callejón sin salida nos quedan, sin embargo, los territorios inviolables de la imaginación y la esperanza y para mí un poco más: la trascendencia y la grata introspección en esas memorias.

(*) Este trabajo forma parte del libro que el autor actualmente escribe sobre sus años de exilio en América Latina. ¹ Partidão – apodo que recibía el Partido Comunista de Brasil, cuándo era considerado el mayor partido político de izquierda del país; partidazo. (N.T.)